

(APARECE LOS VIERNES)

EL

# Colegial

M.R.

PRECIO  
\$1-



AÑO I  
DE SEPTIEMBRE DE 1941  
N.º 22

COMPANEROS  
DE VIAJE



EL AGUILA CHILENA (*Geranoetus melanoleucus*)

CLASE AVES

El cóndor y el águila son las aves más grandes y hermosas de Chile, es una especie muy arrogante y majestuosa. Su plumaje es de un color plumizo y negro en la parte superior del cuerpo y blanco en la inferior, el pico es azulado, robusto y la parte superior es curvo y afilado y su punta es negra, los tarsos son amarillos. Vive en todo Chile, pero es más frecuente en las provincias centrales. Estas aves habitan en la cordillera y en los cerros montañosos de la costa, donde se le puede ver volando tranquilamente a una buena altura sobre los montes; su alimento es siempre la carne de los animales que ella misma caza, siempre fresca, nunca carnes muertas y en descomposición. Como es una ave robusta ataca a mamíferos de regular tamaño como ser conejos y otros roedores pequeños.

(Estas aves e insectos han sido tomados del Museo del Colegio San Pedro Nolasco, de Santiago).

(APARECE LOS  
VIERNES)

Casilla 6562  
—Correo 4.—  
Santiago de Chile.

REVISTA INFANTIL

AÑO I

El  
COLEGIAL

SET 12 1941

PRECIO  
DEL  
EJEMPLAR:  
\$ 1.00

SUSCRIPCIONES  
EN CHILE:  
Anual . . \$ 50.—  
Semestral . . 25.—

Of. 10 de Julio 1140.  
Director Propietario — E. CARO

N.º 22

MI CHARLA DE HOY

Mis queridos amiguitos; Hablemos hoy de la Amistad. Es muy común entre nosotros los niños, brindar nuestra amistad con una facilidad y una confianza asombrosas. Por cierto que es necesario cultivar la amistad entre todos; pero no debemos confiarla enteramente al primero que se presente como amigo.

La Amistad es un don precioso que no debe malgastarse. Antes de entregar nuestra confianza a un compañero, observemos primeramente su conducta y asegurémonos antes de que esta generosa semilla que se llama amistad no caiga en surco malo y estéril. Y cuando queramos hacernos de algún amigo, tengamos siempre presente la historia de los dos amigos y el oso.

Cuéntase de que en cierta ocasión iban dos amigos por un bosque, cuando de pronto surge un oso. Uno de los amigos se subió a un árbol sin acordarse para nada de su compañero. Este se fingió muerto en el suelo y la fiera se le acercó, lo olfateó y al verlo inmóvil supuso que estaba muerto y se marchó sin hacerle daño. Entonces el cobarde bajó del árbol y abrazó a su compañero haciendo alarde de gran amistad. En seguida le preguntó: "Parece que el oso te dijo algo al oído". "Sí, respondió el otro, me dijo que no diera mi amistad a las personas que abandonan a los amigos cuando los ven en peligro".

Así, pues, amiguitos, debemos precavernos de los falsos amigos. ¡Hasta el próximo Viernes!

EL COLEGIAL



# La Isla de los Cruzados



**RECUERDEN:** Que Basilio Zboyan Q-2 conversa con M-R respecto al piloto Barnes que ha sido contratado por el emperador de Jogam para adiestrar a su cuerpo de aviadores... Este último tiene como su principal ayudante al joven Sandy, joven alocado que pilotando un avión hace extrañas piruetas yendo a caer incendiado al mar.

## CAPITULO III

### *Donde actúa Balbona*

Una vez al lado del aparato, Bill no pudo sorprender en él ninguna señal de vida. Asomó la cabeza a la carlinga y vió a Sandy, caído sobre el poste de mando, con los brazos colgantes y los ojos cerrados.

Trató de sacar al muchacho. Las llamas lamían un costado del avión y le chamuscaron la cara y las manos. Tiró con toda su fuerza, pero sin que pudiera extraer el cuerpo del más joven de sus pilotos. Entonces pudo observar, que Sandy no se había aflojado el cinturón de seguridad. Se apresuró a soltarlo,

en tanto que el avión se hundía por momentos en el agua. Luego, con un gran esfuerzo, pudo sacar a Sandy; lo arrastró a través del ala inferior, para tenderlo al fin, en el fondo del bote. Con toda su fuerza se apresuró a manejar los remos vigorosamente.

Cuando se halló a quince metros de distancia del muelle, los restos del pterodáctilo, salieron disparados por el aire a causa de la explosión de sus tanques de gasolina, las llamas corrieron por encima del agua hasta muy corta distancia del bote y entonces Sandy, asombrado miró a su alrededor.

—¿Qué ha sucedido, Bill? preguntó incorporándose.

—Ya te lo diré luego, exclamó el interpelado mientras amarraba el bote al muelle, para cargar luego a Sandy sobre sus hombros. Y cuando las llamas de la gasolina flotante llegaron hasta el muelle, Bill subía el último tramo de la escalerilla de acero que había en la muralla de aquel lado del muelle. Una vez en tierra tendió a Sandy en el suelo y se quedó mirándolo. No tardó en notar que una ambulancia se abría paso para acercarse a ellos.

Trataron de obligar a Sandy a que permaneciera tendido, en tanto que él los contemplaba con asombro.

—¡Pero si no me pasa nada! contestaba el joven.

—Cálmese, joven, le dijo uno de los internos, empeñado en que Sandy no se moviese.

—¡Cálmese usted si quiere! le contestó Sandy. Estoy bien. Oiga Bill, haga el favor de despedir a ese par de tíos.

Pero Bill le dirigió una mirada de desagrado. Sin embargo, extendió sus abrasadas manos en son de súplica y dijo a los internos:

—Si él dice que no tiene nada, probablemente será verdad. Volvió a mirar a Sandy y añadió: ¿Sabes que has escapado de la muerte más de cuatro veces en menos de cuatro minutos?

Sandy no le contestó.

—En primer lugar, continuó diciendo Bill, estuviste a punto de morir electrocutado, luego se incendió el avión y estuviste a punto de perecer abrasado. La caída sobre el agua habría sido más que suficiente para matarte. Y encima, añadió Bill indignado, ¡ni siquiera te has ahogado! Ya puedes hacer lo que te dé la gana, porque eres capaz de morir en la cama y a la edad de Matusalén. Déjenlo en paz, dijo a los internos, y en cambio cúrenme las manos antes que queden des pellejadas por completo.

---

El empleado de la oficina de correos, del hotel Garibaldi, Antonio Garzerilli, se disponía a dejar la oficina a las diez de aquella noche, en que el escuadrón de Barnes dis-

poníase a atravesar el Mediterráneo para ir a Port Said, cuando el sub-gerente le llamó diciéndo:

—Antonio, el señor Balbona desea verle en su habitación.

Antonio frunció el ceño. El señor Balbona siempre se quejaba de su correo. Tal vez se trataría nuevamente de otra queja.

Tomó el ascensor y llamó a la puerta del señor Balbona. Este abrió él mismo y haciendo un brusco ademán, invitó a Antonio a que entrase. El empleado vió que en la estancia había tres hombres más. Se fijó en que todos vestían bien y parecían personas educadas y correctas. Pero, sin embargo, no le agradó la mirada que le dirigieron, pues en ella creyó ver una vaga amenaza.

El señor Balbona cerró la puerta y se volvió a Antonio.

—Vamos a ver, Tony, le dijo, ¿ha venido alguien hoy a traerme uno de esos sobres blancos y sin ninguna dirección?

Antonio contrajo los labios y frunció las cejas, mientras trataba de recordar.

—Sí, señor, dijo al fin. Recuerdo que lo trajo el mismo hombre de siempre.

—¿Y dónde está ese sobre? preguntó el señor Balbona, con voz que hizo temblar las rodillas del empleado.

—Estoy seguro que lo metí en el buzón de usted, señor Balbona. ¿Ha pedido ya su correo de hoy?

—Sí, señor, le contestó Balbona. Y en tanto que usted había salido a comer, el sub-gerente y yo examinamos el buzón y luego el arca, minuciosamente, en busca de ese sobre blanco. Pero no hemos podido encontrarlo. ¿Dónde está?



—¿Y dónde está ese sobre? — preguntó el señor Balbona, con voz que hizo temblar las rodillas del empleado.

—Pues, sin duda alguna, lo puse en el buzón de usted, señor Balbona. Como usted me recomendó, siempre tengo el mayor cuidado con esas cartas.

—No lo metió usted en mi buzón, Tony, contestó Balbona. ¿Dónde está ese sobre?

Antonio extendió ambas manos y, rápidamente, empezó a hablar en italiano. Balbona cambió ligeramente de posición y su puño derecho fué a dar un golpe en la boca de Antonio; Este cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo.

Luego se incorporó, apoyándose en los hombros, uno de aquellos hombres que estaban en el cuarto, le ayudó a levantarse, otro individuo le dió un puñetazo en la cara. La cabeza de Antonio se inclinó y volvió a caer.

—No hay necesidad de matarle, antes de averiguar qué ha hecho con los sobres, dijo Balbona con

expresión cruel. Ponedle en la cama que descanse. En cuanto recobre el conocimiento empezaremos a trabajar en él.

—¿Cree usted que lo haya entregado a otra persona con toda intención? preguntó uno de aquellos hombres.

—No lo creo, contestó Balbona. Tal vez se ha conducido con la tontería habitual en él y, equivocadamente, ha dado este sobre a otro. Pero ahora vamos a demostrarle cuán caros son a veces los errores.

Antonio no volvió a ver la luz. La policía encontró los restos del pobre empleado en un montón de basuras de uno de los barrios más pobres y muy lejos del que ocupaba en el hotel Garibaldi. Atribuyeron su tortura y muerte a unos secuestradores que merodeaban por esos lados.

(Continuará)

# Vergel INFANTIL



Trazando va la arañita,  
una espiral cuidadosa,  
mientras tejen sus patitas,  
malla fina y primorosa.

Muchas veces va y viene;  
viene y va sin descansar.  
Hace un nudo y se detiene,  
para luego comenzar.

Qué hacendosa es la arañita.  
Y que digna de imitar.  
También ella es pequeñita  
y ya sabe trabajar.

MALVALOCA

—oOo—

## NOCHECITA

Nohecita encantadora,  
nohecita del alma,  
nohecita que dá calma  
después del bullicio que en el día mora.

Nohecita de luna plateada  
y cielo estrellado,  
nohecita de estrellas doradas  
como brillantes bordados.

¡Qué bello se ve tu manto de tül  
sembrado de encendidos brillantes;  
¡Qué bello se ve tu manto azul  
con las estrellas titilantes!

¡Cuántas ilusiones, nohecita,  
en tí se transforman en verdad!  
¡Cuántas esperanzas, nohecita,  
en tí se han cumplido ya!...

Tú eres la ensoñación  
de nuestros días juveniles,  
tú eres la inspiración  
para todas las almas... infantiles...

Por eso nohecita, yo te quiero,  
también por que mi estrella lejana,  
brilla allá en lo alto, allá en el cielo  
alumbrando mi vida desde la edad tem-  
brans.

BRIOSÉN

## CHILE

Son mis pupilas  
de tierra chilena,  
y mi voz es templada  
para cantar mi tierra.  
La de los copihues rojos,  
la de la fiera leyenda,  
la de la raza  
humilde y bravía,  
la del rancho ruido,  
la de la ruca tibia,  
la salvaje,  
la colonial soñolienta,  
la del presente impreciso...  
la de la historia  
altiva y sin mácula.

¡Amo tanto a mi tierra!  
Chile,  
te venero.

Sé que en el mañana  
como hoy  
cual ayer

¡Tu alma será, música y grandeza.

LILIANA MIRANDA DIAZ



# Lindor el

RECUERDE: El joven Lindor va en busca de la espada encantada y del guantelete mágico con cuyos talismanes vencerá al señor de Faunas, el asesino y despojado de su padre. El buen mago Persides ayuda al joven; pero la reina de las brujas, Malagesta, ayuda al pérfido señor de Faunas. Lindor va al Bosque del Peligro en busca de la espada; pero el mago Persides lo hace caer en un sótano para librario de las garras de un buitre gigantesco. Malagesta consigue llegar al sótano transformada en hurón. Luego al recobrar su figura humana y ser reconocida por Lindor, éste se llena de espanto. CAPITULO XXII



1. Malagesta le habló con dulzura: —Comprendo tu emoción, le dijo, porque hasta ahora te he tratado como a enemigo. Pero se ha operado un gran cambio en mí. ¡Mira, con mi varita mágica abriré un boquete para que puedas salir! Malagesta tocó la muralla y al momento se abrió un boquete.



2. Malagesta había esperado que Lindor saldría inmediatamente impulsado por su ansia de libertad; pero se equivocó. —¡No, exclamó el joven, jamás pasaré por ese boquete! No me inspiras confianza y sospecho que más allá haya una trampa preparada con tus artes.



3. Malagesta comprendió que el joven no la seguiría y llena de rabia, aunque disimulando muy bien los sentimientos que la embargaban decidió pasar ella primero. Cuando Lindor quedó solo, tuvo que hacer grandes esfuerzos para no caer en la tentación de salir.



4. El mago Persides en su laboratorio estaba consultando el espejo mágico y pudo ver la escena que se desarrolló en el fondo del sótano. Llamó a Cachetín y le dijo: —Anda a ayudar a Lindor y dile que salga sin temor por el boquete que abrió Malagesta y que siga adelante.

# Menestral



5. En el acto el travieso duendecillo Cachetín se convirtió en un escarabajo negro, abrió sus alitas y voló hacia el Bosque del Peligro. Llegado allá se metió por las galerías subterráneas abiertas por los hurones hasta penetrar en el sótano. Tomó su forma de duende y surgió ante Lindor. Al momento le dió las instrucciones del mago Persides.



6. Una vez fuera, el joven agradeció al duendecito y le preguntó: —¿Debo ahora ir nuevamente en busca de la espada? —Sin duda alguna; pero esta vez tienes que ir con el guantelete. Y cuando tengas los dos talismanes; los llevarás al señor de Faunas. Dicho esto desapareció. Lindor no tardó en hallar el guantelete enterrado en el suelo.



7. Lindor recogió el guantelete de hierro y se lo puso en su mano derecha. En seguida se metió en la selva con el espíritu sereno y el ánimo tranquilo. Al cabo de un cuarto de hora oyó el grito agudo del buitre gigantesco y guiado por ese grito pronto llegó a la vista de la roca sobre la cual se veía la espada mágica, bajo las garras.



8. Lindor miró un momento al terrible pájaro feroz y en seguida empezó a caminar hacia la roca. El buitre lanzó otro grito más terrible y más potente y agitó las enormes alas de un modo espantoso. De repente sus patas se desprendieron de la roca y el ave de rapiña se lanzó sobre Lindor. Este estiró la mano cubierta con el guantelete de hierro...

(Continuará)



## CAPITULO II

Y sin más, se fué derecho a la puerta de calle, abrióla y, cuando entró el viejecillo, una racha de viento sacudió la casa, haciendo temblar las viejas chimeneas.

—Eres un buen muchacho, le dijo el hombrecito; nada temas de tus hermanos; yo me encargo de hablarles.

—Por Dios, señor, no hagáis semejante cosa, dijo Gluck. No puedo permitir que permanezcáis aquí hasta que vengan, porque me matarían sin remedio.

—¡El Señor se apiade de mí! exclamó el viejecillo. Tus palabras me espantan. ¿Cuánto tiempo podré permanecer aquí?

—Hasta que esté asado el carnero, dijo Gluck, y ved que ya está bien dorado.

Entonces penetró el viejecillo en la cocina y se sentó en la poyata del lado del hogar, introduciendo el extremo del sombrero por la chimenea, porque, de lo contrario hubiera tropezado con el techo.

—Ahí no tardaréis en secaros, dijo el muchacho, poniéndose de nuevo a dar vueltas al asado.

Pero lejos de secarse, el agua resbalaba sin cesar de las ropas del

anciano, y, cayendo sobre las ascuas, las hacía chirriar. El fuego se iba poniendo cada vez más mustio, amenazando apagarse. Cada pliegue de la capa parecía una gotera.

—Perdonad, señor, dijo por último Gluck, después de contemplar durante un cuarto de hora cómo el agua se esparcía por la estancia, formando argentados y largos arroyuelos, ¿me permitís que os quite la capa?

—No, gracias, respondió el anciano.

—¿Y el sombrero?

—Tampoco; no me estorba, gracias, contestóle el viejito algo enfurruñado.

—Pero, caballero, dijo Gluck con cierta timidez, estáis apagando el fuego.

—Así tardará más en asarse el carnero, replicó con viveza su extraño visitante.

El proceder de su huésped tenía a Gluck desconcertado; su extraño

mezcla de calma y humildad le impresionaba, y prosiguió dando vueltas al asador por espacio de otros cinco minutos, con aire meditabundo.

—El asado parece apetitoso, dijo el viejecillo de pronto; ¿quieres darme una tajadita?

—Imposible, señor, contestó Gluck.

—Tengo mucha hambre, añadió el hombrecillo; ni ayer ni hoy he comido. Si cortásemos un trozo del codillo no lo echarían de menos.

Lo dijo en tono tan triste, que el muchacho se enterneció.

—Hoy me han prometido una tajada, le dijo; os puedo ceder mi parte, pero ni una pizca más.

—Eres un buen muchacho, replicó el viejecillo.

Entonces Gluck calentó un plato y afiló un cuchillo.

—No me importa que me peguen por su culpa, pensó. Pero apenas había cortado una buena tajada del carnero, sonó un golpe tremendo en la puerta. El hombrecillo saltó de la repisa, como si le hubieran pinchado, Gluck volvió a adherir la tajada al asado, con la mayor exactitud posible, y corrió a abrir la puerta.

—¿Por qué nos has hecho esperar al raso, con lo que está lloviendo? le dijo Schwartz, al entrar, tirándole el paraguas a la cara.

—¿Contesta, vagabundo, gritóle Hans, dándole una bofetada.

—¿Válgame el cielo! dijo Schwartz, abriendo la puerta.

—Amén, contestó el anciano, que se había quitado el sombrero y permanecía de pie en medio de la cocina.

—¿Quién es este hombre? gritó Schwartz, cogiendo un hurgón y

volviéndose con gesto amenazador hacia Gluck.

—No lo sé, hermanos míos, respondió éste horrorizado.

—¿Por qué está aquí? rugió Schwartz.

—Querido hermano, exclamó entonces Gluck con acento suplicante, estaba tan mojado que me ha dado compasión.

Ya iba a caer el hurgón sobre la cabeza de Gluck, cuando, de pronto, el anciano interpuso el sombrero, contra el cual chocó aquel hierro, inundando la habitación el agua que despidió en la sacudida. Lo más raro fué que el hurgón, en el momento de dar con el sombrero, saltó de las manos de Schwartz, y volteando como una paja, llevada como un remolino de viento, fué a caer en el rincón más apartado de la estancia.

—¿Quién sois, buen hombre? le preguntó Schwartz, volviéndose hacia él.

—¿Qué os ha traído aquí? aulló Hans.

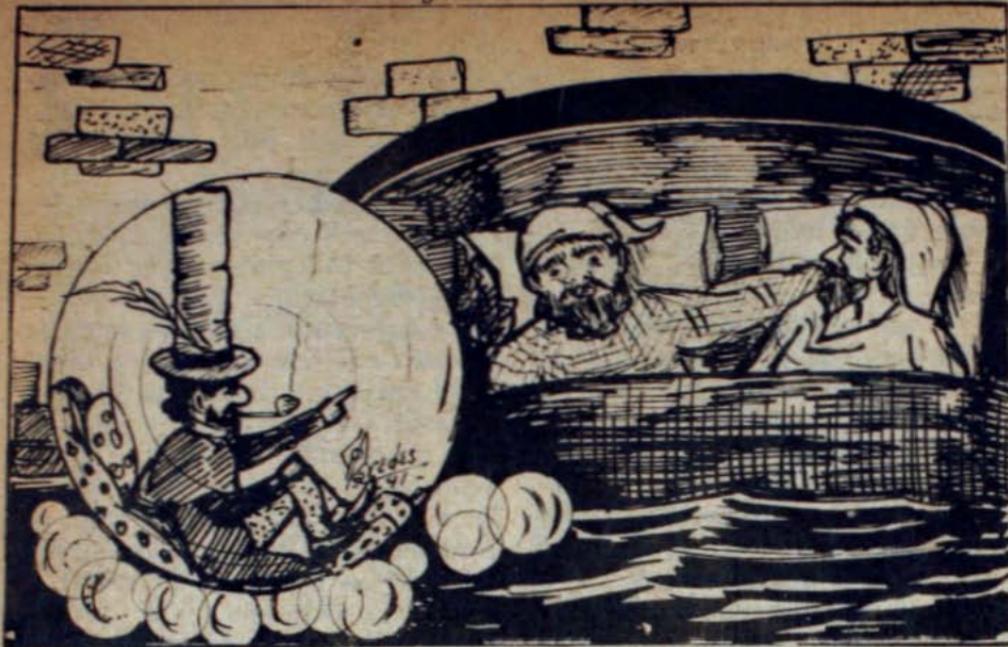
—Soy un pobre anciano, señores. empezó a decir modestamente el hombrecillo, que, al divisar este fuego a través de la ventana, he pedido asilo por un cuarto de hora.

—Tened la amabilidad de marcharos, dijo Schwartz. Ya hay bastante agua en la cocina y no queremos que se convierta en un estanque.

—El tiempo está demasiado frío, y no es muy humano arrojar de este modo a un pobre anciano. Contemplad mis canas.

—¡Bah! dijo Hans, aun pueden servirlos de abrigo. ¡Fuera de aquí!

—Tengo mucha hambre, señores; ¿no podríais darme un mendrugo de pan antes de irme?



—Siento mucho incomodaros — dijo con ironía el visitante.

—¡ En eso estábamos pensando! dijo Schwartz.

—¡ Créis por ventura que el pan que tenemos no es más que para dárselo al primero que se presente con una nariz como la que vos gastáis?

—¡ Por qué no vendéis esa pluma? le preguntó Hans con acento sarcástico. ¡Ea! ¡marchaos inmediatamente.

—¡ Fuera! gritó Schwartz.

—¡ Por caridad, señores!

—¡ Largo de aquí al instante! gritó Hans, agarrándolo por el pescuezo.

Pero no bien le hubo echado mano, cuando salió disparado y dando vueltas por el aire, lo mismo que el hurgón, yendo a caer encima de éste, en el mismo rincón del aposento. Entonces furioso Schwartz, arrojóse sobre el hombrecillo, dispuesto a vengar a su hermano; mas en cuanto lo tocó, voló también por

la estancia, y fué a hacer compañía a Hans y al hurgón, después de haberse dado tremendo golpe contra la pared, antes de caer al suelo. Y el viejecillo, volviéndose hacia ellos, les dijo con la mayor tranquilidad:

—Señores, os deseo muy buenos días. A las doce de esta noche volveré a visitaros; pero después de la desfavorable acogida que ahora me habéis dispensado, no es sorprendente que la visita que os anuncio sea la última que os haga.

—Si os vuelvo a coger aquí otra vez... balbuceó Schwartz, saliendo del rincón; pero antes de que pudiese concluir la frase, el hombrecillo había cerrado tras de sí la puerta de la casa, con estrépito, y al mismo tiempo salió por la ventana una espiral de nubes desgarradas que, girando con vertiginosa rapidez, recorrió todo el valle, tomando mil formas extrañas y re-

solviéndose al fin en impetuosa lluvia.

—¡Buena la has hecho, Gluck!, dijo Schwartz. Sirvenos el carnero, caballere, y si te vuelvo a encontrar otra vez en semejante renuncio... Pero... ¡Qué veo, Dios mío! ¿quién ha cortado la carne?

—Acordaos, hermanos míos que me prometisteis una tajada, dijo Gluck.

—¡Ah! y te has apresurado a cortar la parte más sabrosa y a comértela caliente con lo mejor de la salsa. Te juro que ha de llover muchísimo, antes de que te prometa otra tajada. Y ahora, déjanos solos.

Salió Gluck de la cocina, apenado y melancólico. Sus hermanos comieron todo el carnero que les cupo en el estómago, y guardando bajo llave, en una alacena lo que les sobró, se dispusieron a beber.

¡Qué noche! Bramaba el viento y la lluvia caía a torrentes sin cesar. Los dos hermanos cerraron bien las ventanas y atrancaron con doble garra la puerta antes de acostarse. Cuando el reloj dió las doce, fueron despertados por un tremendo estampido. La puerta se había abierto con tal violencia que la casa se estremeció de arriba abajo.

—¿Qué ocurre? gritó Schwartz, levantándose de un salto.

—Soy yo, respondió el viejecillo.

Los hermanos escudriñaron las tinieblas con ojos de espanto. La habitación estaba llena de agua, y en el centro de ella vieron un enorme globo de espuma, que giraba sin cesar, moviéndose de arriba abajo, y en el cual estaba sentado el hombrecillo, con su capirote pues-

to, sin que le estorbaba ahora el techo, pues éste ya no existía.

—Siento mucho incomodaros, dijo con ironía el visitante, pero temo que vuestros lechos estén húmedos. Mejor sería que os trasladáseis a la alcoba de vuestro hermano, cuyo techo he querido respetar.

Sin hacerse repetir la invitación, corrieron a guarecerse en la habitación de Gluck, calados hasta los huesos y muertos de terror.

—En la mesa de la cocina, encontraréis mi tarjeta, añadió el anciano. Acordáos de que es mi última visita.

—¡Dios quiera que así sea! dijo Schwartz temblando de frío. Y el globo de espuma desapareció.

Amaneció el día, por fin, y los dos hermanos se asomaron a la ventana de Gluck. El valle del Tesoro era una masa informe de ruina y desolación. La inundación había arrastrado en su devastadora corriente las cosechas, los ganados y los árboles, dejando en su lugar un espantoso erial de arena rojiza de lodo gris. Los dos hermanos fueron hasta la cocina, y encontraron la tarjeta en que se leía con letras de trazos prolongados y de grandes dimensiones, las siguientes extrañas palabras:

EL VIENTO SUDOESTE...

(Continuará)

---

### Un niño inteligente

*Maestro.*— Póngame un ejemplo de cómo las cosas se dilatan por el calor y se contraen por el frío.

*Discípulo.*— Con mucho gusto, señor; en verano los días son largos y en invierno cortos.



153. Sólo seis meses duró en el gobierno provisional el doctor Melo de la Fuente, al cabo de los cuales fué reemplazado por Juan Jara Quemada nombrado por el Virrey del Perú. El nuevo gobernador supo que los indios paseaban de tribu en tribu la cabeza de quince españoles muertos en una emboscada.



155. Poco después fueron asesinados tres misioneros a quienes envió al interior, a pesar de los ruegos de todos y aun de los indios amigos. Don Alonso de Ribera envió a España al coronel Pedro Cortés para convencer al rey que el plan de Valdivia era impracticable.



154. La guerra recrudeció y el rey nombró gobernador a don Alonso de Ribera por segunda vez. Entonces el Padre Valdivia regresó a Chile y entró en persona a ofrecer la paz a los indios, celebrando un parlamento con ellos y durante el cual estuvo a punto de perder la vida



156. Durante este tiempo alcanzó en el Ejército de Chile cierta notoriedad doña Catalina Erauzo, un mujer-soldado, que recibió el sobre nombre de la Monja Alférez por haber estudiado en un convento de España antes de venir a correr aventuras en tierras de Chile.



157. Hasta el año 1616 se creía que las tierras situadas al sur del estrecho de Magallanes se prolongaban hasta el Polo sin interrupción. Pero una expedición holandesa descubrió más allá del estrecho un elevado promontorio a cuyos pies se unían las aguas de ambos océanos.



158. Ese promontorio recibió el nombre de Cabo de Horno en honor de la ciudad holandesa llamada Horn. El gobernador Ribera fué un gran capitán y murió pobre, pero sentido por todos. Su esposa, doña Inés de Aguilera imploró en vano el pago de servicios prestados por su esposo.



159. El sucesor de Ribera, don Fernando Talaverano, se limitó a cumplir las órdenes del Padre Valdivia a quien el rey había facultado para dirigir la guerra en unión de los jesuitas, que eran los sostenedores de la conquista por medios pacíficos, como las misiones cristianas.



160. Y llegó un nuevo gobernador, don Lope Ulloa y Lemos. Para diferenciarse de sus antecesores a quienes consideraba de inferior calidad, Ulloa prestó el juramento de su cargo sentado y con sombrero puesto, como si hubiese sido un Grande de España.

(Continuará)

# Viajes de Juan Sebastián de Elcano



## CAPITULO VII

—Como un maestro, mi capitán.

—Pues desde hoy, ordenó El Cano, vas a llevar en un cuaderno cuenta corriente de todos los gastos y de todas las compras y ventas. Por las noches me lo presentarás para que yo lo examine.

—Se hará al pie de la letra, mi capitán.

Y así se hizo, día por día; hasta el fin del viaje.

Animada y fortalecida la gente y reparada las dos naves, se dieron a la vela en busca de las islas del Moluco, Isla de la Especiería, país rico y fantástico y tierra deseada de todos los pueblos marítimos. Los portugueses, celosos de mantener la exclusividad de tan rico mercado, vigilaban cuidadosamente aquellos mares y habían esparcido grandes patrañas acerca de lo difícil que era el acceso a las fértiles regiones del clavo y de la pimienta. Y, como se ve, el deseo de hallarlas originó el descubrimiento del Nuevo Mundo.

Navegaban la Victoria y la Trinidad a toda vela y con tiempo bonancible en busca de la tierra del Moluco, cuando observaron que se

aproximaba una gran embarcación india a todo remo y que trataba de pasar sin detenerse. Apenas El Cano se dió cuenta de ello, enfiló la Victoria tras el descortés junco y no tardó en darle caza, tomando la embarcación con los que en ella iban.

Llevados sobre cubierta los tripulantes, se averiguó que entre ellos iba el gobernador de la isla de Puluán, dependiente del rey de Borneo. El Cano le hizo saber la perfidia de su rey y le añadió que en justas represalias quedaban todos presos, si no pagaban un fuerte rescate.

—Valiente capitán, dijo el gobernador, reconozco que muchas veces pagan los súbditos los desaciertos de su rey; mas yo nada sabía ni he tenido en ello parte alguna. Vuestros esclavos somos, pero ya que generosamente otorgáis el rescate, decid qué deseáis por él y se os entregará con creces.

—Bien habláis, respondió El Cano, y ya que os ponéis en razón, no quiero ser riguroso. Solamente os pido cuatrocientas medidas de arroz, veinte cerdos, veinte cabras y ciento cincuenta gallinas.

—Se os entregarán sin dilación alguna. Podéis enviar el junco por el rescate o ir vos mismo por él.

No tardó en llegar el rescate estipulado, añadiendo a el gran can-

tividad de frutos, y muchas vasijas, llenas de vino de palma. Los expedicionarios, en correspondencia a tal liberalidad, devolvieron a los indígenas algunas armas y dos cañoncitos de bronce que les habían quitado y que ellos debían necesitar contra los salvajes piratas.

Continuaron los exploradores su ruta; y más tarde divisaron otro gran junco, tripulado por fornidos guerreros, que los desafiaban con gritos hostiles. El Cano y los suyos no querían aceptar la provocación por no retardar la marcha ni exponerse a perder hombres; pero se les provocaba con mayor fuerza cada vez más, que su hidalguía no les permitió dejarlos sin castigo.

Enfilaron, pues, hacia el junco sus naves; pero la calma de la brisa apenas las empujaba. Lanzaron al mar dos botes, con treinta hombres armados cada uno, mientras la gente restante contemplaba el hélico espectáculo.

Los botes avanzaron, y apenas tuvieron a tiro a los del junco, que resultaron ser moros, hicieron sobre ellos una nutrida descarga de mosquetería que les produjo gran estrago y confusión. No tardaron los exploradores en apoderarse de los enemigos.

Continuaron los navegantes hasta Sarangari, dirigidos por uno de los moros cautivos. Allí salió a recibirlos el señor de un parao, y sabiendo que se dirigían a las Molucas, les dijo que si deseaban piloto él se lo ofrecía muy experto; mas a condición de que lo pagasen bien.

Mandaron los capitanes buscar al piloto, el que se ofreció a acompañarles con gusto; pero antes exigió que le pagasen para poder dejar dinero a su familia. Así se hizo

y el piloto subió a bordo. Apenas entró en la nave, vió que uno de los allí presos era hermano suyo. Los dos se entendieron inmediatamente y aprovechando una ocasión propicia se tiraron al agua para huir. Los exploradores que se apercibieron de la treta, se arrojaron tras ellos y agarrándolos con valentía los subieron al buque, donde los sujetaron con grillos, creyendo que con esta medida no volverían a intentar escaparse. Tampoco esta determinación surtió efecto, pues con grillos y todo se tiraron los presos al agua a media noche y lograron salir a tierra. Fué preciso resignarse a seguir navegando a la ventura y sin piloto. En esta crítica situación se dirigió El Cano a los moros que traían presos y les dijo:

—¿Quién de vosotros sabe el derrotero hacia las Molucas?

Todos siguieron sentados en el suelo, sin dignarse levantar la cabeza y mucho menos contestar.

—El que nos guíe hasta las Molucas, prosiguió, alcanzará la libertad y será largamente recompensado.

Entonces, adelantándose uno de los prisioneros, respondió:

—Señor, yo conozco esa ruta y os guiaré con seguridad. Solo distamos cien leguas de dichas islas.

El Cano dió orden que inmediatamente se le libertase, para que empezara a ejercer su oficio de piloto.

Las tan decantadas islas de la Especiería, que los portugueses habían rodeado de fábulas y leyendas terroríficas, eran cinco; Terrenate, Tidore, Maquian, Baquian y Mutir o More.

—Aquellas son las islas, dijo un día el moro, apuntando hacia los



—Señor, yo conozco esa ruta y os guiaré con seguridad.

confines del horizonte y dirigiéndose a El Cano.

—¿Por dónde las abordaremos? preguntó éste.

—Por entre More y Tidore, donde hay un seguro puerto y un rey muy hospitalario, respondió el piloto.

Todos se aprestaron a entrar en las deseadas islas, como si estuviese allí la tierra de promisión. Apenas se metieron por entre ellas, las dos naves las saludaron con el estrépito de sus cañones y arcabuces. Los argonautas anclaron con gran aparato, ante la multitud de espectadores que salió a verlos.

No tardó en presentarse el rey de Tidore, lujosamente ataviado, al estilo oriental; pero con los pies desnudos. Subió a bordo sin recelo y saludó a sus huéspedes con cordialidad. El rey Almanzor fué obsequiado con hermosos presentes, igual que su séquito, a lo que él correspondió, diciendo que en todos sus dominios no hallaba cosa algu-

na digna de tales huéspedes; pero si en algo podían valer él y los suyos, allí estaban dispuestos a servirlos en todo y que contaran siempre con su sincera amistad.

Los exploradores le propusieron la compra de clavos. El rey Almanzor prometió hacerles traer de Baquian, donde había muchos en buenas condiciones.

En poco tiempo se improvisaron unos barrancones junto a la playa, en los que no tardó en abrirse un mercado, para que los expedicionarios pudieran proveerse de cuantas especias pudiera cargar la nave. Los indios acudían trayendo clavos, pimienta y comestibles. Almanzor, entusiasmado por la justicia y legalidad con que se hacían las ventas, y por el buen comportamiento de sus huéspedes, juró obediencia al Emperador. Pidió que le dejasen su firma y que le cediese la bandera para usarla como insignia.

(Continuará)



## HERMOSO MANTEL

De hermoso efecto decorativo es el diseño de estilo florentino que decora este mantel de granité de hilo blanco acompañado de servilletas grandes y pequeñas, pudiendo así usarse tanto para cena o almuerzo como para el té.

Los puntos empleados son los siguientes: pasado plano, realce, festón espaciado, festón calado, acordonado.

Se trabaja con algodones mercerizados brillantes blancos.

## RECETA

### *Crema de menta.*

Azúcar flor, clara de huevo, aceite o esencia de menta

Deshacer los terrones del azúcar flor con un uslero, y pasarla por un cedazo fino.

Batir ligeramente la clara de huevo con el aceite o esencia de menta al gusto y agregar la cantidad suficiente de ella al azúcar pa-

ra formar una pasta tiesa. Uslerrear la mezcla del grosor que se desee y cortarla en redondelas con un cortador de "fondant".

NOTA.— Estas cremas se secan rápidamente y se ponen duras, y por lo tanto, deben hacerse sólo las suficientes para el consumo inmediato.



# Los Dos Huérfanitos

**RECUERDE:** Damián y Paulina se dan cuenta de que son dos huérfanos recogidos por unos pescadores a quienes han considerado siempre como sus verdaderos padres. Huyen de la cabaña y por el camino encuentran a un moribundo que les confía una fortuna para que le entreguen a su heredero. Después de muchas aventuras, los niños llegan a la región minera de Lota y entregan la fortuna a Gastón Ramos Barrientos. El joven minero decide proteger a los niños; pero un hombre extraño se interesa por ellos, el señor Martín. Este no es otro que el cómplice que diez años antes ayudó a un pícaro a robar los niños a sus verdaderos padres para satisfacer la venganza de Bernardo Donoso.

## CAPITULO XXII

### *Las intenciones de Martín*

Bernardo Donoso y su chofer habían resuelto no decir nada a la mujer de este último respecto del inicuo plan que habían concebido para hacer desaparecer a los dos pequeñuelos.

—Se trata de llevar los niños a otra parte, nada más, se había contentado con explicar Martín a su mujer.

Y la mujer aunque adivinaba que detrás de todos esos manejos había algo más misterioso, no se atrevió a protestar. Además, el dinero que le había entregado Martín la había deslumbrado hasta el punto de cegar sus sentimientos de mujer. Y había aceptado la complicidad.

Tres días después de la entrevista del Prefecto con Bernardo Donoso, a eso de las diez de la noche, una sombra avanzó por la playa de la caleta de los pescadores de Navidad. A lo lejos, invisible desde tierra a causa de ligera neblina que obscurecía más todavía la noche, una chalupa se deslizaba silenciosamente. La sombra se detuvo en la playa. Era Carolina, la mujer de Martín que llevaba a los dos niños al punto de la playa que le había sido indicado.

Cansada con el peso de los dos niños, se sentó sobre la arena para esperar, meciendo en sus brazos a las pobres criaturas. De pronto oyó el ruido característico de una barca que se acercaba a la orilla.

En efecto, pronto pudo darse cuenta de que la barca había tocado la arena, al sentir que alguien avanzaba a través del agua. Era Martín. Lo había adivinado en la obscuridad y se adelantó diciendo con voz apagada:

—¡Por aquí, Benito!

El marido lanzó un suspiro de alivio:

—¡Está bien! Pásame los chiquillos.

Las dos criaturas cambiaron de manos.

—¡Hasta luego!

—¡Buena suerte!

Y eso fué todo. Poco después, el

llanto de los niños sobresaltó a la mujer que se había quedado en la orilla, inmóvil, como una negra estatua. En seguida, el llanto se fué alejando hasta debilitarse por completo.

Bernardo Donoso aguardaba ansioso en la chalupa, disfrazado de pescador y un sonrisa diabólica se dibujó en sus labios al sentir el llanto de los niños que eran conducidos en la barca por Martín. La pequeña barca atracó a la chalupa y Martín pasó a su patrón las dos criaturas por encima de la borda. En seguida saltó ágilmente a la chalupa, dejando el bote a la deriva.

Las velas de la chalupa pesquera se inflaron y la embareación empezó de nuevo a deslizarse lentamente mar adentro. Y mientras avanzaba la chalupa, la niebla se iba disipando. El mar aparecía en calma y en el cielo la luna empezaba a hacer pasar su claridad a través del velo nebuloso.

—Apresurémonos, dijo Donoso. Pronto el mar estará claro como el día.

Cuidadosamente las dos criaturas que ahora no cesaban de llorar, fueron colocadas en la cuna flotante y en seguida ésta fué bajada y depositada sobre las aguas. La chalupa torció rumbo al sur y se alejó cada vez más velozmente.

—¡Dentro de poco todo habrá terminado! murmuró Donoso con la vista perdida a lo lejos, donde sin duda flotaba la cuna sobre las olas.

Martín pensaba para sí: “¡Con tal que alguien los recoja!”

El chofer, sin que Donoso se diese cuenta, había puesto un fajo de billetes por la suma de mil pesos en

tre las ropas de las criaturas, con un papel que decía: “*Que la suerte acompañe a quien recoja a estos pequeñuelos*”.

Y con esto había creído acallar los gritos de su conciencia que le reprochaba tamaña maldad.

Al día siguiente los dos cómplices se encontraron reunidos en una pieza del hotel Blumel, de Talcahuano. Hablaban en voz baja:

—Bueno, Martín, decía Donoso. Todo ha salido a medida de mis deseos y por eso añadiré mil pesos más a los cinco mil que ya te di. Ahora no nos queda más que decirnos adiós. Por nuestra propia seguridad no debemos tratar de volver a vernos.

—Soy de su misma opinión, patrón, respondió Martín.

—Cuanto a los pequeñuelos, poco me importa lo que les haya ocurrido. Nadie sabrá nada. Yo me he vengado y eso es lo principal.

—¿A dónde se irá usted, patrón?

—Al Norte, a Valparaíso. Y desde allí tal vez pasaré a la Argentina o me embarcaré para Estados Unidos. Apenas he logrado salvar unos treinta mil pesos del naufragio de mi fortuna. Con este dinero subiré a la cumbre o me hundiré en el abismo. ¡Adiós, Martín!

Donoso se embarcó ese mismo día en un falucho para Valparaíso, mientras Martín tomaba el tren para Concepción y desde esta ciudad seguía por el ferrocarril Central de un viaje hasta Pelequén.

Tomó en seguida el tren del ramal de Peumo y al cabo de una hora entraba en su casa, en las afueras de la ciudad.

—¿Salió bien todo? le preguntó su mujer Carolina.

—Sí, sí.



Era Carolina la mujer de Martín que llevaba los dos niños.

—Cuéntame.

—No tengo tiempo. Debo partir ahora mismo.

—¿A dónde?

—A la vuelta te explicaré, mujer. Sólo puedo decirte que se trata de otro negocio...

—¡Pero hombre, eres insaciable! ¿No sabes que la codicia rompe el saco?

—No se trata de ningún saco, mujer.

Y diciendo así, Benito Martín se despojó de su traje de ciudad y empezó a vestirse con el típico traje de hombre de campo: pantalón ajustado, botas de caña alta, chaquetilla corta, sombrero de paja alón y manta de colores

—¿No ha salido el coche de ño Lucas para la costa?

—No lo he visto pasar.

—Tanto mejor; esperaré a que pase.

Y sin dar mayores explicaciones

aguardó el coche de ño Lucas que no tardó en pasar por el camino. Lo hizo detener, subió al pescante y siguió viaje hacia la costa.

Serían más o menos las cuatro de la tarde cuando llegó a Navidad. Empezó a pasearse por la playa donde había varios pescadores arreglando sus redes o calafateando sus barcas. Mujeres y niños iban de una parte a otra.

Martín se acercaba a los grupos con la aparente intención de efectuar negocios de pesca, pero en realidad para oír lo que decían aquellas sencillas gentes.

Casí todos tenían ya vendida la pesca de la noche y estaban comprometidos para la entrega de mañana. Hasta que por fin uno de los pescadores le dijo:

—Creo que usted podía hacer negocio con Francisco Galleguillo. Vive en una cabaña apartada del pueblo. Le vendría muy bien hacer

un buen negocio de pesca. El pobre necesita dinero ahora que él y su mujer han hecho algo que pocas gentes se habrían atrevido hacer.

—¿Sí? ¿Y qué cosa han hecho esos pescadores? preguntó Martín fingiendo curiosidad.

—Han adoptado dos criaturas halladas en el mar.

—¿Es posible! ¿En el mar!

—Como se lo cuento, amigo.

—¿Víctima de algún naufragio?

—Así parece.

—Voy a ver si hago negocio con ese Galleguillo.

Martín se despidió del pescador y se dirigió a la casa de Galleguillo, siguiendo la dirección que le habían indicado. No tardó en llegar a la cabaña donde fué recibido por la señora Catalina, mujer de Galleguillo. Apenas vió la figura desconocida de Martín, le dijo sonriendo:

—Apuesto a que viene usted a saber lo que trae alborotada a todas las gentes de Navidad. ¿Cómo si fuera una cosa del otro mundo!

—No, señora; vengo a negociar con su marido. Me dijeron que él podía venderme una buena remesa de pescado. Vengo de Peumo. La gente de allá paga bien el pescado.

—¿Ah, yo creía que venía usted por curiosidad!

—Bueno, no puedo negar señora, que también me hablaron de que usted y su marido habían adoptado a unas criaturas encontradas en el mar...

—Eso se lo contará mi marido; voy a llamarlo.

Catalina llamó a su marido que andaba por dentro y Galleguillo acudió al punto.

—Aquí viene a negociar contigo,

Pancho, le dijo la mujer indicando a Martín.

—Sí, respondió Martín; vengo de Peumo y quiero que me reserve usted una remesa de pescado. Estoy dispuesto a pagar bien, sin regateos. ¿Qué le parece?

—¿Como no, pues! Pero no me comprometo para mañana...

—No importa. La cuestión es que me reserve usted una remesa para pasado mañana. Le daré algo a cuenta. Le servirá para cuidar mejor a esas dos criaturitas que, según me han dicho, encontró usted en el mar... Pero, ¿cómo fué eso?

Y el buen Galleguillo narró con toda sencillez cómo había recogido a esos dos niños que lloraban en una curiosa cuna flotante. Al principio había tenido miedo creyendo que se trataba de alguna cosa sobrenatural. Pero luego se había dado cuenta de que no se trataba de fantasma ni de ninguna cosa del otro mundo. Los niñitos lloraban y el buen pescador, con el corazón enternecido a la vista de aquellas criaturitas abandonadas en esa extraña forma, los recogió cuidadosamente. Y allí estaban ahora los pequeñuelos. Entre las ropas había encontrado el papel escrito y el fajo de billetes. Galleguillo sabía leer y comprendió perfectamente lo que decía el papel: "*Que la suerte acompañe a quien recoja a estos pequeñuelos*".

—¿Tengo fe en que lo que dice el papel puede ser verdad! terminó diciendo el buen pescador.

(Continuará)

¿Qué intención lleva a Martín a la cabaña de los pescadores?



# QUIEN RAPTO

CAPITULO XXII



1. El cowboy que espiaba en la esquina, echó a correr y llegó a una cabaña donde habían varios hombres jugando.— ¡Jeff pilló a Johnson y lo lleva al sheriff! exclamó.



2. Mientras tanto, Jeff entregaba su prisionero al sheriff y le contaba todo lo referente al rapto y al intento de asesinato que había sido objeto por parte de Johnson.



3. Déjemelo; lo pondré en la celda más segura, replicó el sheriff. Y, en efecto, mientras Jeff salía de la oficina, el capataz del rancho Doble V era metido en seguro calabozo.



4. En seguida el sheriff salió del calabozo. Pero los bandidos espiaban.—Ustedes dos apodérense de las llaves, ordenó el jefe; nosotros nos ocuparemos de liberar a Johnson.



5. Los dos hombres designados siguieron sigilosamente al sheriff y al llegar a un sitio apropiado, descargaron sobre la cabeza del sheriff un terrible culatazo de revólver.



6. Jeff había ido en busca de los caballos, pensando en que le quedaba la parte más ruda que cumplir, como era el rescatar al padre de Carol Henson. De pronto oyó un ruido.

# A HENSON?



7. Jeff Warren volvió vivamente la cabeza hacia el lado donde había oído el ruido extraordinario y se quedó muy sorprendido al ver la escena que se estaba desarroñando.

8. De la prisión salieron varios hombres corriendo en dirección de la vara donde estaban amarrados algunos caballos. —¡Demonios, esos hombres acaban de sacar del calabozo a Johnson!



9. Un poco más divisó el joven al sheriff caído en el suelo y corrió hacia él para prestarle auxilio, mientras los bandidos seguían velozmente en dirección de los caballos..



10. ¿Qué ha ocurrido, sheriff? preguntó Jeff. —Esos bribones me golpearon en la cabeza y me aturdieron. Se llevaron las llaves y han dado libertad al prisionero que usted trajo.



11. Hijo, yo no puedo seguirlos, dijo el sheriff. Y llevándose a Jeff lo mostró a sus hombres y les dijo: —Delego en Warren mi dignidad de sheriff. Pónganse a sus órdenes, muchachos.



12. En cinco minutos todos estuvieron listos para montar a caballo y en seguida, con Jeff Warren a la cabeza, emprendieron la persecución de los bandidos que se llevaron a Johnson.

(Continuará)



## CAPITULO II

—¡Tonterías! replicó uno de aquellos malvados. Nos engañó, pues nos debía cierta suma que no pagó y ahora que no le podemos cobrar, porque ha muerto. Por esta razón queremos vengarnos. Y yacerá como si fuese carroña, a la puerta de la ermita.

—Solamente tengo cincuenta duros, dijo Juan, constituyen toda mi herencia, pero estoy dispuesto a daros esa suma si me prometéis dejar en paz al pobre cadáver. Yo tengo buenos músculos y el Señor me ayudará.

—Perfectamente, dijeron aquel par de tunos. Si estás dispuesto a pagarnos su deuda como dices, nosotros no le haremos ningún mal, te lo aseguramos.

Tomaron el dinero que les daba Juan, aunque se reían de él por su simpleza y se alejaron. Juan acomodó nuevamente el cadáver dentro del ataúd, le cruzó las manos, se despidió de él y se alejó a través de un bosque, sintiendo profunda

satisfacción. A su alrededor, en los puntos en que la luz de la luna atravesaba el follaje, vió a numerosos elfos que jugaban alegremente. Y no interrumpieron sus juegos al observar el paso de Juan, pues habían notado que era un muchacho bueno e inocente. Algunos de ellos no eran mayores que un dedo humano; tenían cabello largo y rubio, que sujetaban con peinecillos de oro. Y cogidos de la mano se balanceaban sobre las gotas de rocío que cubrían las hojas y los tallos de hierba. Algunas veces caía rodando una gota de rocío y arrastraba a los elfos, que, entre carcajadas, iban a parar al suelo. Aquello era muy divertido. Cantaban todas las lindas canciones que Juan aprendió durante su primera infancia. Grandes arañas coronadas de plata tejían sus telas de una a otra rama, cual si fuesen puentes que unieran un palacio con otro. Y a la luz de la luna, aquellas telarañas brillaban como si fuesen de plata, llenas como estaban de gotitas de rocío. Y los elfos prosiguieron sus juegos hasta que se levantó el sol. Entonces aquellos pequeños seres se ocultaron en los capullos de las flores y

el viento, apoderándose de puentes y de palacios, los barrió a gran distancia.

Apenas Juan había atravesado el bosque, cuando lo llamó la poderosa voz de un hombre, diciendo:

—¡Eh, compañero! ¿A dónde vas?

—A recorrer el mundo, contestó Juan. No tengo padre ni madre, soy pobre, pero el Señor me protegerá.

—¡Yo también voy a recorrer el mundo, contestó el desconocido. ¿Quieres que vayamos juntos?

—Con mucho gusto, contestó Juan.

Y echaron a andar en buena paz y compañía.

En breve se aficionaron tanto uno a otro, porque ambos estaban dotados de excelentes sentimientos que no habrían podido separarse. Juan observó que su compañero era mucho más inteligente e instruido que él mismo. Había visitado muchos países y era capaz de describir cuanto viera en ellos.

Estaba ya muy alto el sol, cuando se sentaron al pie de un árbol muy grande para almorzar. Apenas se habían sentado cuando apareció una mujer vieja, muy encorvada, que se apoyaba, al andar, en una muleta. Cargado a la espalda llevaba un haz de leña que había cogido en el bosque. Tenía recogido el delantal por las puntas y Juan pudo ver que en él llevaba tres ramas largas y delgadas y algunas ramitas de sauce. Al hallarse cerca de ellos dos, la vieja resbaló y se cayó al suelo, dando un fuerte grito. La pobre mujer se había fracturado una pierna.

Juan se disponía a llevarla a cuestas a su casa, pero su compañe-

ro abrió su mochila y sacó un botecito de bálsamo, diciendo que eso curaría radicalmente a la anciana, quien podría volver por su pie a la cabaña en que vivía, como si no le hubiese sucedido nada desagradable. Pero añadió que, en pago de su curación, quería que la vieja le diese las tres ramas que llevaba en el delantal.

—Pides demasiado, contestó ella, meneando la cabeza de un modo raro.

Era evidente que se resistía a entregar lo pedido, pero como no le resultaba agradable estar tendida con una pierna rota, acabó por entregar las tres ramas. En cuanto el desconocido le hubo frotado la pierna con su bálsamo, ella se puso en pie y se alejó andando con mucha mayor ligereza que antes. Tal fué el efecto del bálsamo.

—¿Qué quieres hacer con esas tres ramas? preguntó Juan a su compañero.

—Son muy útiles para hacer buenas varas, y, además son precisamente como me gustan. Te advierto que, a veces, soy muy raro en mis cosas.

Y reanudando el viaje, anduvieron largo rato.

—Por ahí debe de estar haciendo estragos una tempestad, observó Juan, señalando ante él. Veo unas nubes muy negras.

—No, le contestó su compañero. No son nubes, sino montañas muy altas y hermosas. Subiendo a ellas, se atraviesan las nubes para asomarse al aire puro de las alturas. Arriba se goza de una vista espléndida. Mañana llegaremos a la cumbre.

Sin embargo, aun estaban muy lejos, a pesar de las apariencias.



Apenas Juan había atravesado el bosque, cuando le llamó la poderosa voz de un hombre, diciendo: —¡Eh, compañero! ¿A dónde vas?

Le costó un día entero llegar a la montaña, cubierto de espesos bosques que se encaramaban por sus vertientes y llenas de enormes rocas tan grandes como una casa o un pueblo. Sería ardua tarea la de subir por aquella pendiente. Por eso Juan y su compañero se alojaron en una posada antes de emprender la ascensión. En la sala habían numerosas personas, porque un sujeto se disponía a exhibir un retablo de muñecos. Acababa, precisamente, de instalar su teatrillo y los espectadores se habían sentado ya, en espera de que empezase la representación. Un carnicero muy gordo, ocupó el centro de la primera fila y a su lado tenía un bull-dog de aspecto feroz, que miraba con la misma atención que cualquiera de los restantes espectadores.

Empezó la comedia, que era muy linda. En ella tomaba parte un rey y una reina. Estaban sentados en

tronos forrados de terciopelo, llevaban coronas de oro y trajes de cola, porque podían permitirse este lujo. Las más lindas muñecas de madera estaban situadas al lado de las puertas; tenían brillantes ojos de cristal y grandes bigotes, las que representaban cortesanos y guerreros; y todas estaban ocupadas en abrir y cerrar las hojas de madera de las puertas, a fin de hacer circular el aire en la estancia. La comedia era excelente y nada trágica, pero en el preciso momento en que la reina atravesaba la escena, Dios sabe qué idea entró en la cabeza del bull-dog, pues al observar que el carnicero no lo tenía sujeto, dió un gran salto hacia adelante, penetró en el escenario y, apoderándose de la reina, a la que cogió por la esbelta cintura, le destrozó la cabeza de un mordisco. Fué un terrible desastre.

(Continuará)

# PASATIEMPOS

Mi Patito, por Mirtys

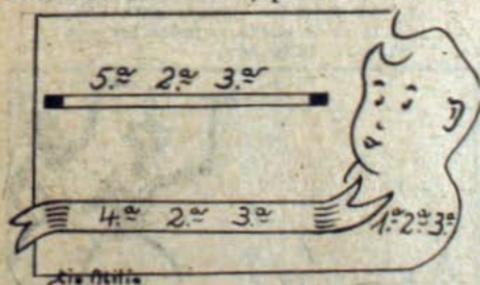
Cabeza de can, por Peña.



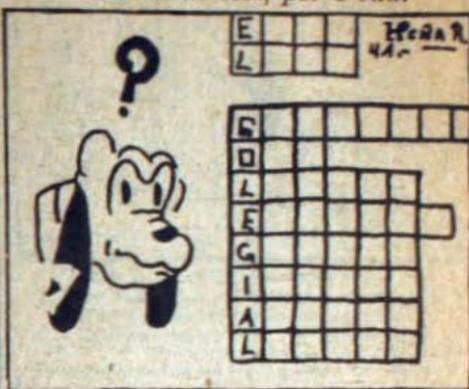
Inicial: El Pato.

- El.— Nombre femenino.  
 P.— Animal doméstico.  
 A.— Parte del 1/2 pollo.  
 T.— Bebida de las onces.  
 O.— Metal apreciado.

Charada ilustrada, por Tío Atilio.

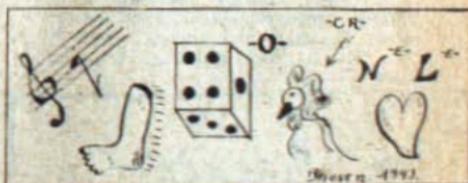


Jeroglífico, por Cheche.



- Nombre femenino.
- Nombre masculino.
- País sudamericano.
- Metal.
- Astro.
- Nombre masculino.
- Medida para medicina.
- Nombre masculino.
- Nombre femenino.
- Nombre femenino.

Jeroglífico, por Briosen.



Soluciones de los Pasatiempos del N.º 19

La señora curiosa, por Arpe.—  
 1.— Chile; 2.— Alej; 3.— Uva;  
 4.— Loré.

El Nene, por Ritz.— Elena; Luisa; Bernarda; Elba; Berta; Elsa.  
 Jeroglífico, por Alej.— Caminando por la Alameda.

Jeroglífico, por Cheche.— Tomate.

# De lucha quedan hartos los súb



2. Cuando llega Pepito al campamento, después de esfuerzos soberanos los soldados demuestran su contento, y don Cocos también alza las manos.



1. Los monos con las sábanas cargadas, caminan con Pepito al escondite. Don Cocos, con los brazos levantados, espera que le traigan buen convite.



3. Dos lanceros escoltan al monito que lleva la noticia del rescate, del gran generalísimo Pepito; Noticia dulce como el chocolate.



4. Cuando el gobernador sabe la nueva que traen del campamento de los soldados, manda sacar del fondo de la cueva, a todos los que estaban castigados.



5. D. Martín cuando sabe la noticia, celebra a grandes gritos el suceso, y a un negro de la escolta le acaricia y a Chochí el mono le da un beso.



6. Dando vivas, gritando, haciendo el loco, salen todos alegres y contentos. Las mujeres les dicen tardar poco, que esperamos los acontecimientos.

# ditos del Rey Muerde Lagartos



7. Pepito, que esperaba en la colina, recibe a Chochi; llega jadeante. El Mono dice: ved que se avecina la columna de amigos: ¡adelante!



8. D. Martín, en momentos tan felices, se separa unos metros del grupo, y clava la pera y las narices, en el rostro risueño de Pepito.



9. Todos juntos, (falta solo Coques), cuenta Pepito la aventura extraña, de angustias entre gentes tan feroces, y aplaude de los monos la artimaña.



10. La primera comida que hacen juntos, con derroche de gracia y alegría, la sirve Chochi, que en estos asuntos está mucho mejor de lo que él se creía.



11. A los postres les traen una noticia de unos parlamentarios que han llegado. D. Martín al saberlo dice: ¡Aúbricias, el rey Muerde Lagartos se ha entregado.



12. Sin perder un momento parlamentan con los que llevan la noticia urgente. ¡Quieren saber lector, lo que estos cuentan? Pues vean el próximo número.



# GOTITA DE ROCÍO.

Por EMILIO CANEVA B. (NINO)



Fué una tibia mañana de primavera cuando un hermoso botón de rosa abrió sus pétalos para recibir las caricias del sol, de una de sus hojitas verdes resbaló una cristalina y brillante gota de rocío que fué a caer entre las hierbas quebrándose en mil reflejos... De ella surgió una graciosa figurita que lanzó una carcajada.

—¡Buenos días, hermosa rosa! dijo con voz suave y dulce.

—¡Buenos días, Gotita de rocío! contestó la bella flor inclinándose hasta la pequeñuela. Esta cogió con sus manitos de lirios la rosa y estampando un beso en sus fragantes pétalos se alejó volando por los alados caminos de la brisa.

Gotita de rocío amaba la naturaleza, desde que una hermosa tarde el rey del bosque le dió vida. Todas las noches se escondía entre los pétalos de las flores y cerrando sus ojillos vivarachos, se quedaba dormida.

Aquella mañana, mientras Gotita de rocío jugaba con las mariposas de múltiples colores, oyó un gemido; miró a todos lados y vió que al pie de un árbol yacía el pequeño Chincolito, hijo de doña Chincola. Gotita de rocío lo cogió con ternura y lo volvió a su nido.

—Gracias, muchas gracias, exclamó Chincolito.

Gotita de rocío se alejó volando.

Llegó el otoño y las amarillentas hojas de los árboles se desprendieron, cayendo lentamente al lado. Gotita de rocío estaba muy triste;

sabía que la Tortolita estaba empollando y cuando nacieran las pequeñas tortolitas se morirían de frío.

—¡Pobres tortolitas! exclamó y se alejó por entre la despojada arboleda y descendió junto a la casita del enano Lalín. Golpeó y salió el pequeño hombrecito.

—¿Qué quieres? preguntó sonriendo Lalín.

—¡Ay, Lalín, dijo Gotita de rocío. La Tortolita está empollando, cuando nazcan sus hijitos, se helarán con la nieve que cubre el bosque en invierno.

—Para ayudar a la Tortolita, dijo Lalín, se necesitaría una gota de rocío a las seis de la tarde, un rayo de luna y un pedazo de nube.

—Yo conseguiré eso, dijo la pequeñuela y se fué volando, por sobre los tristes árboles, y cogiendo



NINO

un pedazo de nube, volvió donde Lalín.

—Bien, dijo el enanito, yo tengo un rayo de luna en mi caja mágica, pero aún falta una gota de rocío, con todo eso, haremos que la lluvia y el frío no toquen a las tortolitas.

Gotita de rocío buscó por todo el bosque una gota de rocío, pero no encontró ninguna. Con el corazón oprimido regresó donde Lalín y le dijo que no encontraba ninguna. Y los dos quedaron pensativos... De pronto:

—¡Ya sé! exclamó la pequeñuela, y levantando sus manitos al cielo, se fué haciendo transparente hasta quedar convertida en una pequeña y reluciente gota de rocío. Lalín la cogió y entró con ella en su casita.

Y así, gracias al sacrificio de Gotita de rocío, los polluelos de la Tortolita no se murieron de frío. En invierno el bosque se cubrió de nieve, las flores de la orilla del lago murieron todas. Luego el invierno pasó y llegó nuevamente la dulce primavera. Los árboles se cubrieron de hojas y flores, y las rosas abrieron sus corolas. Y entre los pétalos de una hermosa rosa roja, se deslizó una gotita de rocío, que quebrándose en mil reflejos, se convirtió en Gotita de rocío.

Y de nuevo reinó la felicidad en el bosque, que se vió alegrado por las cristalinas risas de la pequeñita y buena Gotita de rocío.

*Nino (E. Cánepa)*

## Gran Sorteo que "EL COLEGIAL"

**OFRECE A SUS LECTORES PARA NAVIDAD**

5 Premios de .....	\$ 200
5 " " .....	100
10 " " .....	50
Cortes de género.	
Cortes de casimir.	
Baterías de cocina.	
Medias.	
Suscripciones semestral a "EL COLEGIAL".	
Pelotas de futbol.	

Chombas.
Bicicletas para niños y niñas.
Radios.
Zapatos para niños.
Zapatos para niñas.
Tazas de porcelana.
Calcetines.
Juegos de Té.
Muñecas.

Y gran cantidad de juguetes que oportunamente enumeraremos.

Canjee sus cupones en todas nuestras agencias de provincia,

**y en Santiago, Librería "Claret" 10 de Julio 1140**



Advertimos a los numerosos lectores de provincias, que envían sus cupones a ésta para el canje del próximo sorteo, remitan su dirección completa y el franqueo correspondiente, y si es posible un sobre listo para devolver los respectivos boletos.

*L. Gemir.*— Agradecemos sus felicitaciones por las seriales “Los Dos Huerfanitos”, “El Tesoro Lejano” y “Los Esclavos del Sultán”. Hemos enviado el boleto que corresponde a sus cupones. Envíe lo que ofrece.

*Cori.*— Buenos sus dibujos. Pronto los verá publicados. El N.º 1 de “El Colegial”, puede encontrarlo en la Librería “Claret”, 10 de Julio 1140. Remita sus colaboraciones manuscritas pero con letra clara. Agradecemos sus felicitaciones por las seriales que publica esta revista.

*Olga Lagos.*— Muy simpática su cartita y nos complace ver cómo después de reflexionar bien se hizo una inseparable amiga de “El Colegial”. Puede enviarnos el cuentecito de que habla y lo publicaremos ilustrado por alguno de nuestros dibujantes. Queda incorporada a la falange de colaboradores de esta revista.

*Briosen.*— Tan pronto como el espacio lo permita daremos su cuentecito “El Violín Mágico”. Sus dibujos como siempre muy buenos.

*H. Vigorena.*— Aceptamos el concurso que usted insinúa y tan pronto como dispongamos de un espacio, daremos principio a él.

EL SECRETARIO

#### Premios de los Pasatiempos del N.º 19

Se dieron premios de dibujo:

\$ 5.— a Ritz, por su dibujo “El Nene” y

\$ 5.— a Cheche por su Jeroglífico.

Entre los solucionistas, exactos se sortearon cuatro premios, correspondiendo:

\$ 5.— a Damián Gallardo, 6 Norte 781, Talca.

\$ 5.— a Eufrosina Retamales, Avenida Ecuador 1156, Santiago.

\$ 5.— a Oscar Rodríguez H., Valparaíso, y

\$ 5.— a María de la Fuente, San Diego 2310, Santiago.

Los favorecidos pueden pasar por sus premios a Librería “Claret”, 10 de Julio 1140, los días Lunes, Miércoles y Viernes de 10 a 12 y de 3 a 6 P. M. Los de provincias deben reclamarlos por carta dirigida al Director de “El Colegial”.

## GRAN SORTEO QUE “EL COLEGIAL”

OFRECE A SUS LECTORES PARA

EL 20 DE DICIEMBRE.

CUATRO DE ESTOS CUPONES DAN  
DERECHO A UN BOLETO PARA ESTE

CONCURSO.

CUPON N.º 11

**EL ARRAYAN**

*M. APICULATA* De. NDZ.

Género: *Myruegeunia*.



La corteza amarillo-rojiza del árbol, cuyo tronco alcanza a unos 12 m. de altura, se separa cada año en forma de capas hojosas constituidas por células muertas de la epidermis. Efectuando incisiones en la corteza aparece después de algún tiempo la savia dulceçina.

La zona de propaganda es de Colchagua a Chiloé; también prefiere lugares húmedos, tomando carácter de arbusto o árbol.

Las hojas son aovadas o aovado-oblongas, (1-2 cm. de largo), pecioladas, acuminadas y mucromadas. La cara superior apenas punteada es de un verde oscuro y lustrosa; la inferior de un verde pálido.

El fruto es una baya negra, globosa y comestible. Conserva los restos del cáliz tetrapartido. En cada celdilla contiene una semilla.

Florece en el verano, (Diciembre a Enero); los frutos maduran en Abril.

(Texto y dibujos tomados del libro del Profesor Otto Urban).

**MESONYCHIUM GAYI SPIN**

Esta abeja silvestre de Chile es comensal de *Centris cineraria*. Esto es, no construye celdas para sus hijos, sino que entra furtivamente a las celdas de *Centris* y allí pone un huevo del cual sale una larva primero que *Centris*, la cual devora rápidamente el alimento de la larva propietaria, cuando ésta nace, no tiene alimento y muere de hambre.

Copia el color de *Centris* para hacerse más disimulada y así penetrar tranquilamente y no ser molestada por la dueña del nido. Vuela en la misma época en que lo hace *Centris cineraria*, y visita las mismas flores.

\* Aumentada tres veces.



# SOMOS LOS BUENOS MUCHACHOS



1. Era día Domingo y los buenos muchachos esperaban ansiosos la llegada del diario para leer la página de entretenimientos. Por fin llegó el suplemento.



2. Pero cuando los buenos muchachos se preparaban a gozar leyendo, don Copucha se adueñó del diario y dijo: —Voy a leer yo primero; no metan bulla.



3. Y mientras don Copucha se instalaba cómodamente en su pieza, junto a la estufa, los buenos muchachos preparaban una jugarreta al portero don Copucha.



4. Y, como siempre, Bombolito tuvo una idea genial. Divisando la humareda que salía por el cañón de la estufa, lanzó el sombrero sobre el cañón.



5. El sombrero cayó certeramente sobre el cañón sirviendo de tapón. Como es lógico, el humo, no encontrando salida, empezó a esparcirse por abajo llenando la pieza...



6. Medio ahogado y completamente negro salió don Copucha, en el preciso instante que pasaba mister Gafas. —¡Auxilio! ¡Capturen a este canibal! dijo Mr. Gafas.



7. Los buenos muchachos no se hicieron repetir la orden y tomaron a don Copucha derribándolo en tierra. Y mientras unos lo tironean otro se encarga del diario.



8. En el acto los buenos muchachos se sentaron sobre la guata del portero y se pusieron a leer, mientras Mr. Gafas exclamaba: —¡Qué raro; si es don Copucha!